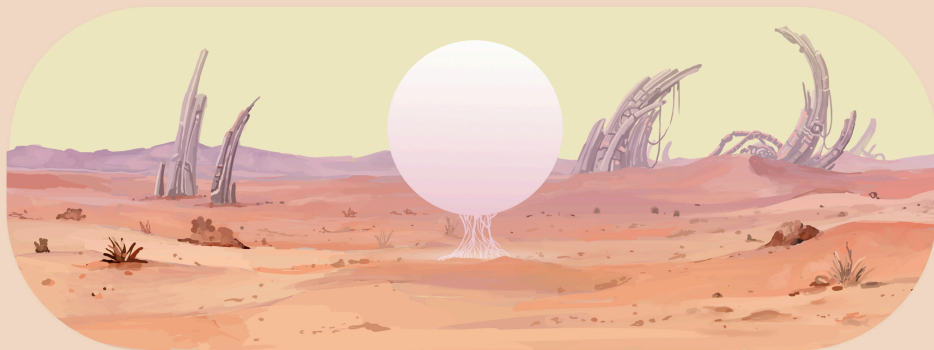




VLTIMA TERRA



FINIS HVMANITATIS VEL SPES NOVA



Edición: Gea Editorial

Corrección: Dafne Bustos

Ilustración y diseño de tapa: Luis Carlos Barragán

Ilustraciones internas: Francisco Armoa, Alejandro Espinosa, César Ortega, Fatma Salim, Matías Takasina, Thalia Villinger

Diagramación: Dafne Bustos y José Chirife

Textos: Victor Parra, Adriana Letechipía, Lucio Cañete, Alexander Páez, José Hernández, José Chirife, Anita Riquelme, Marisol Utreras, Bárbara Toro, Daniella González, Andrés Urrutia, Ricardo López

Noviembre 2025

Presentación

Con su tercera edición, la Escuela Alciff se ha consolidado como un espacio de aprendizaje y creación literaria dentro de la comunidad latinoamericana de ciencia ficción. Desde aquellas primeras versiones, comandadas por Donald McLeod y la editorial Imaginistas, quienes inauguraron nuestro camino a través de la Utopía y los Animales, hemos ido construyendo nuevas rutas que hoy se materializan en el fanzine que tiene en sus manos.

El año 2025 el viaje llevaría a nuestra escuela a tierras guaraníes. En la ciudad de Asunción la editorial Gea dirigida por Dafne Bustos asumió el desafío de liderar este proyecto. A su vez, la revista Future Fiction magazine en español nos entregó su apoyo y patrocinio estableciendo así una red de cooperación internacional que desde distintos puntos de Latinoamérica generó las condiciones para pensar el Clima desde la literatura de ciencia ficción.

Dentro de la ciencia ficción, el clima no es solo un fondo escénico donde acontecen determinados hechos, sino un componente esencial desde el cual reflexionar sobre el desarrollo tecnocientífico presente, las consecuencias de un mundo afectado por condiciones climáticas extremas y las posibles soluciones que permitan imaginar nuevas formas de relación con el entorno.

En las ocho sesiones de este taller pudimos pensar, sentir y escribir desde miradas optimistas y también pesimistas acerca de las múltiples formas en que la literatura de ciencia ficción aborda las condiciones climáticas de nuestro planeta y del universo. A través de lecturas, muchas de ellas de autoras y

autores latinoamericanos, exposiciones temáticas y ejercicios de escritura, las y los participantes exploraron el potencial del género para reflexionar sobre el presente climático y sus futuros posibles en Sudamérica. Los debates y textos generados recorrieron materias tan diversas como los problemas ecológicos actuales, la terraformación y sus consecuencias, las utopías y distopías ambientales, la policrisis climática y sus vínculos con los territorios y la tecnología, el papel de los actores no humanos, las esperanzas del Solarpunk y las implicancias de las inteligencias artificiales en el futuro que construimos.

Cada una de las ocho sesiones estuvo guiada por: Dafne Bustos de Paraguay, Luis Carlos Barragán de Colombia, Carolina Varela y Julio Rojas de Chile, Daniel Figueroa de Costa Rica, Claudia Aboaf de Argentina, César Santivañez de Perú, Marilinda Guerrero Valenzuela de Guatemala.

Los doce relatos que leerás a continuación contienen las principales preocupaciones y especulaciones de las y los participantes guiados por la siguiente pregunta: ¿qué mundos habitamos hoy y qué mundos queremos, o tememos, construir mañana? La ciencia ficción nos plantea una posible respuesta...

Cristóbal V. de la Cuadra
ALCIFI

2025

Prólogo editorial

Cuando Cristóbal me escribió para que moderara la Escuela Alciff, me tomó realmente por sorpresa: no esperaba que habiéndonos conocido hacía tan poquito me pidiera algo así. Hoy, se lo agradezco.

Integro Alciff muy recientemente, gracias a que José Chirife, quien también forma parte de este material, me habló de la organización. Me pareció muy curioso, pues llevaba buscando algo así desde hacía un tiempo. Me recibieron a mí y a Gea con los brazos abiertos. Claro, ¿cómo no aceptar a la primera editorial de género ficcional del Paraguay entre sus filas?

Claro que Cristóbal ya tenía todo —o casi todo— armado cuando me contactó: había hablado con casi todos los tutores a quienes tuve el agrado de conocer y hoy forman parte de una red muy genial de cultores del género de la Ciencia Ficción latinoamericana: Claudia Aboaf desde Argentina, una gran escritora recontra publicada; Carolina Varela desde Chile, editora de Triada, gran aliada desde un tiempo de Alciff; Julio Rojas también de Chile, afamado escritor y guionista del podcast Caso 63; César Santivañez desde Perú, director editorial de la revista Future Fiction Magazine en Español; Luis Carlos Barragán desde Colombia, un ilustrador tan increíble, que nos hizo la hermosa tapa del fanzín a pesar de estar con tanto trabajo y constantemente viajando; Daniel Figueroa desde Costa Rica, escritor y coordinador del taller de ciencia ficción 13013 y Marilinda Guerrero desde Guatemala escritora y editora de la editorial Bosques Ambulantes. ¡Que increíble equipo!

Dar la primera clase sobre ciencia ficción paraguaya abrió las puertas del taller en su tercera edición, dando lugar a magistrales ponencias y, como resultado, aquí tenemos 12 cuentos espectaculares, los cuales me siento orgullosa de tener en la casita de Gea, que ahora se vuelve internacional; con autores desde Chile, México, Paraguay que agregan con esto una mancha más al mapa latinoamericano de Ciencia Ficción.

Espero que esto no decaiga, y que cada vez tengamos más escritores del género; es necesario para vislumbrar posibles futuros, prevenir desastres y pensar en el devenir de la existencia. Y que se deje de pensar que la Ficción es solo cosa de niños; los grandes también tenemos derecho a seguir soñando y creando mundos más allá de la imaginación.

No quiero dar más preámbulo, así que con estas últimas palabras, dejo en tus manos este nuevo fanzin de ciencia ficción, esperando que lo disfrutes tanto como nosotros, y que llegue a todos los confines del vasto territorio latinoamericano...

Dafne Bustos
Gea Editorial

2025

Índice

Presentación	3
Prólogo editorial	5
Cumpleaños Urgente	9
Cuando la batería se acaba	15
Demasiado, a veces.....	19
El Milagro secular que se disuelve en mi saliva.....	23
El ser que buscaba. El ser que salió	27
Ilex paraguariensis 2100	33
La costura de la silla	39
Oficio.....	43
Primer contacto	45
Principio de parsimonia	49
¿Quién destruyó el mundo?	53
Tierra 2.....	59

Cumpleaños Urgente

Víctor Parra Avellaneda (Nayarit, México, 1998) es biólogo y autor de ciencia ficción. Ganador del Premio Nacional de Literatura Fantástica Universidad de Sonora 2024 y becario de la Fundación para las Letras Mexicanas. Autor de 'Más allá del horizonte' (Ediciones del Olvido, 2022) y 'Cuando las nubes salen a cazar' (Fondo Editorial Universidad de Sonora, 2025).

—Bueno, entonces compremos esta —le digo a mi papá.

—Tampoco —me responde—, ¿ya viste su color? Está casi blanca. ¿Qué se supone que es esto? —añade, mientras señala al empaque de carne, entre los demás.

Miro la hora: ya son las cinco y llegamos tarde para la cena de cumpleaños de mi mamá. A ella le gustan los tacos al pastor, o eso me ha dicho mi padre, cuando le hice confesar todo lo que sabía sobre ella. Hoy es su cumpleaños sesenta y quiero sorprenderla, no traerle los mismos pasteles de salmón que más bien saben a tilapia.

—Aquí dice que es pollo; pechuga —respondo, por fin, al leer la etiqueta—. Tejido muscular esquelético de pollo, proliferado en medio de suero bovino por recombinación; también dice que tiene edición CRISPR-Cas12 para ser más receptivo a los nutrientes y anti-ansiolíticos celulares...

—Ay, ya —me interrumpe mi padre—. Yo no sé qué diablos son esas cosas. ¿Entonces es pollo? Más parece carne de pescado. Tilapia —gruñe él, sosteniendo el envase con sus arrugados dedos, y observándolo con cuidado, abriendo sus ojos, que se ven más grandes por los densos lentes que porta.

—Entonces, ¿con esto se pueden hacer unos buenos tacos al pastor? —le pregunto.

—No sé. La vez pasada llevamos esos cortes de Sonora que sabían a carne pasada por agua; luego ese filete de Argentina que más bien parecía margarina desabrida, y que ni con sal ni salsas se salvó. Y ahora esto. Todo sabe igual.

—Sí, lo sé. Todo sabe a tilapia —respondo, rebuscando entre otros empaques de carne sintética, distribuidos en los refrigeradores.

Detrás de mí, pasan, en sus carritos del super, señoras, señores, y otras personas llevando sus cosas; más carne sintética, plantas cultivadas en hidroponía y botellas de agua captada de las lluvias, adicionadas con iones. Los iones son siempre importantes, si no uno se deshidrata.

—La receta original lleva carne de cerdo, pero a tu mamá no le gusta. Prefiere el pollo —dice mi padre, con las manos en los bolsillos, consultando su reloj y alzando las cejas al darse cuenta de que se nos hace tarde.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Ya viste en las reseñas?

—No. Déjame buscar.

Con mi celular escaneo un código en la caja de la carne, donde está el logotipo de la empresa y busco las reseñas, pero la base de datos de la marca solo me arroja comentarios muy positivos, de cinco estrellas.

—Dice que sabe deliciosa, como un verdadero pollo, hasta puedes sentir el campo en el paladar —le leo a mi padre.

—Chingaderas. Busca en otro sitio de reseñas, no el que te envía la marca.

—A ver —le respondo, y hago lo que me pide.

En cambio, el sitio arroja una puntuación de 3/5, y comentarios variados. En promedio dicen que sabe a... nada.

Que si uno quiere comer para no morir está bien, pero que el sabor es inexistente.

—Son mixtas las opiniones, papá, ¿qué hacemos?

—Maldita sea. Yo creo que podríamos abarrotarlas de salsas.

—Sí, pero a mi mamá le da gastritis.

—Diablos, entonces le ponemos un poco de sal.

—Recuerda que mamá tiene prohibida la sal, por sus riñones.

—Entonces podemos hervirla.

—Recuerda que a mamá le da asco la carne hervida.

—Ay, al diablo con todo. ¿No hay alguna carnicería similar?

—¿Similar? ¿Quieres decir? ¿Pirata?

—Sí, ¿qué tiene? Ya sé que no es carne artificial en el sentido de la palabra pero es... digamos... más sabrosa, tiene sabor al menos.

—Pero ¿y si mamá se entera? ¿Sería ético consumir la vida de una criatura o muchas?

—No lo creo. Pero hay una distancia muy grande entre la ética y hacerle una comida decente a tu madre. Nos irá mal a los dos, a ti y a mi. ¿Te imaginas un cumpleaños tuyo sin tu comida favorita, solo porque es poco ético? Aparte no tenemos tiempo. Falta una hora... ¡vamos al lugar!

—Bueno —contesté, rindiéndome ante su insistencia. Salimos del supermercado, dejando las demás cosas en un lugar que no correspondía, más por la flojera de regresar y encima acomodar las cosas.

Tomamos el auto eléctrico, le dijimos que nos llevara a la calle en cuestión, sin decir a donde íbamos, de lo contrario nos diría que es está en contra de las políticas.

—Políticas mis poláinas —diría mi padre en esas situaciones, ante lo cual nos bajaríamos del auto, dejándolo estacionado e iríamos a pie a la carnicería. Lo cual hicimos, de hecho, porque el auto nos recomendó ir por una ruta más larga.

—El día de hoy habrá un desfile de disfraces y de acuerdo

con las recomendaciones, sería bueno para su salud que pasaran a verlos, los colores animan el alma —dijo el auto.

—¡Al diablo, nos vamos a pie! —gritó mi padre. Y salimos. Caminamos dos cuadras, llegamos a un local immaculado, similar a las antiguas farmacias y pedimos un kilo de carne. Mi padre lo hizo guiñando el ojo.

—Tenemos una emergencia.

—¿Tacos? —pregunto el vendedor.

—Sí.

—Oh, con razón. Bueno, eso sí amerita medidas extremas. No se pueden hacer tacos sin que sepan a nada. Es un sacrilegio.

—Y vale la pena todas las penas morales y éticas. Más vale un cumpleaños de tu esposa con buen sazón que toda la vida con la cabeza revolcada en remordimientos.

Entonces el vendedor nos trajo el kilo de carne, el cual ya tenía sazón. La llevamos a la casa, preparamos los tacos sin que ella nos viera, pues estaba agasajada por sus invitados. Cocinamos la carne, la cual olió bastante bien. La preparamos en las tortillas y la servimos.

Mi mamá alabó el sabor, así como el resto de mis tíos.

—¡Sí que sabe a pollo! ¿En dónde compraron esta carne?

—Es un secreto, querida —dijo mi padre—. La mejor carne cultivada de la ciudad.

Mientras comían, limpié la cocina para el postre; sostuve el empaque de carne entre mis manos y leí la procedencia: cucarachas de Madagascar. Carne viva, sí, pero de mejor sabor que la hecha en laboratorio; más cara y de menor calidad, sobre todo en estas zonas de menores ingresos. La tiré y observé hasta que desapareció en el bote de basura.



Cuando la batería se acaba

Adriana Letechipía nació el 18 de mayo de 1984 en la Ciudad de México, México. Es Maestra en ciencias en biomedicina y biotecnología molecular, ha publicado en varias revistas latinoamericanas y es presidenta actual de la Tertulia de Ciencia Ficción de la Ciudad de México.

Estaba oyendo por la radio cómo la sociedad de vecinos se ponía de acuerdo para ir a la próxima cacería. La carne escaseaba en las tiendas y era hora de reponerla. Los perros salvajes tenían su territorio al oriente de la ciudad. Hablaban sobre cuál sería la mejor manera de rodearlos para poder capturarlos cuando la voz del líder se apagó, dejando un eco largo en el ambiente. Di un golpe al aparatejo y solo me devolvió un sonido hueco. La batería se había terminado.

Quitó el cable que conectaba la caja oscura con la radio, la llevé hacia la mesa del comedor y cogí la chamarra, los guantes y el pantalón térmico. Me colgué la pila a la espalda y cogí el bastón.

Caminé por Tlalpan, siguiendo la línea externa del metro, rumbo al centro. La nieve vestía de blanco la Ciudad de México.

En el zócalo, las tiendas permitían cargar las baterías cuando se las acoplaba a una bicicleta. Tras pedalear un buen rato, cargabas la pila y podías calentarte un poco. Esperé mi turno afuera, en lo que se iba la única persona que estaba dentro. No quería tener que saludar ni tener que hacerle plática mientras ella cargaba su batería. Cuando salió, me escondí entre la puerta y el lobby, a fin de no detenerla para que me preguntara cómo estaba. Se fue.

Puse una bolsa de cacahuates como pago en la canastita; el dueño estaba leyendo un libro sobre una terrible sequía. Me dirigí a la bicicleta y pedaleé para llenar de energía a la batería que le devolvería la vida a la radio. Quería seguir escuchando las voces acaloradas desde casa con un vaso de agua caliente.



Demasiado, a veces

Lucio Cañete Arratia, 1963, chileno, ingeniero civil y fanático de Frankenstein.

El paisaje aún humeaba. Y mi alma, destrozada.

Era mi tierra. Mi sueño. Cinco años de esfuerzo calcinados en dos horas. Uno de esos feroces incendios propiciados por el calentamiento global había devorado el ecosistema que restauré con sacrificio y compromiso.

Desde lo alto del cordón montañoso, yo contemplaba el valle muerto. El crujido de las brasas contrastaba con el recuerdo de una biodiversidad que, hasta ayer, rebosaba de vitalidad. Las palabras no alcanzaban. El dolor tampoco.

Entonces, una mano tocó mi hombro izquierdo. Al girar la cabeza, vi a Andrés, mi joven amigo.

—En las buenas, en las regulares y en las malas... estoy contigo —susurró.

Me condujo hasta el camión en el que había llegado. Retiró la lona y reveló su carga: miles de retoños ordenados en bandejas como una sinfonía vegetal.

—*Aristotelia chilensis* —dijo, leyendo la pregunta de mi cara—, maqui —añadió, para precisar la respuesta.

Sabía que Andrés intentaba domesticar esta especie de árbol endémico. Pero su rápido logro me sorprendía. Su generosidad, aún más.

—Te los traigo de regalo—agregó.

Lo abracé.

Le pregunté dónde quería que los mantuviera. Con los labios, señaló el valle ennegrecido. Andrés había traído 2.500

árboles nativos desde su vivero forestal. No tan solo para consolarme, sino para renacer el valle siniestrado.

Me explicó que había logrado cultivar el maqui, y con él, potenciar la producción de antioxidantes que revolucionarían la industria agroalimentaria, farmacéutica y cosmética. Desde su laboratorio, había duplicado las superlativas propiedades bioquímicas de una especie que debutó en el planeta durante el Carbonífero, cuando el oxígeno era un exceso y la evolución afilaba defensas contra los radicales libres. El maqui había sobrevivido exitosamente a millones de años. Y ahora, más fuerte, volvía a empezar.

Cuando la lluvia desgastó el hollín de la tierra, comencé a plantar uno a uno los retoños, con ternura. Los meses se hicieron años, y los maquis crecieron robustos. A su alrededor, germinaron con fuerza otras especies. Volvieron las aves, los mamíferos, los insectos. La quebrada pudo limpiamente escurrir. El infierno pasó al olvido.

Me quedé a vivir en el valle. Comía maqui. Caminaba entre árboles, oía cantar a los pájaros, me entretenía observando a los escarabajos, jugaba a las escondidas con los zorros. Me había desconectado completamente del reguetón, de los celulares y del Internet. Y era feliz.

Pasaron las primaveras. Y yo, feliz, seguía comiendo maqui paseando entre arbustos y helechos.

Hasta que un día llegaron naves raras. Vehículos terrestres de diseño extraño, como salidos de una película de ciencia ficción. Bajaron hombres con delantales blancos y otros armados. Uno, supongo el líder, pronunció mi nombre completo y luego firmemente añadió:

—Este predio ha sido expropiado. El pago, según tasación fiscal, ya fue transferido a su cuenta.

Cuestioné. Reclamé. Resistí. Nada conseguí con oponerme. Ese mismo día, me expulsaron.

Con una resolución del Estado y un comprobante de depósito bancario, me arrojaron del paraíso que había rescatado. Aturdido, intenté ordenar el guion de aquella pesadilla. Entonces, una mano tocó mi hombro izquierdo. Al girar la cabeza, vi a un anciano.

—En las buenas, en las regulares y en las malas... estoy contigo —me dijo.

Era Andrés. Lo supe al mirarlo bien.

Nos permitieron entrar por última vez al valle. Caminamos alegremente por el bosque recordando antiguos episodios. Al ritmo que su vetusto cuerpo lo permitía, mientras esquivábamos unos simpáticos abejorros, me comunicó cómo había cambiado el mundo.

Lo cargué para cruzar la quebrada cristalina y lo acerqué a una húmeda roca para que pudiera ver una negra ranita que ahí vivazmente reposaba.

Al volver, me miró con esa sinceridad, alegría y calidez que siempre lo caracterizaron, diciendo:

—Los árboles se ven saludables, a pesar de que ya tienen más de 80 años —luego añadió con picardía—: Y tú te ves bastante bien, a pesar de tener más de 120.

Lo abracé, con mucho cuidado, para no dañar a mi querido viejito.

Había pasado demasiado tiempo. Demasiado antioxidante tenía el maqui. Demasiado interés mostró el Estado. Demasiado distraído había vivido.



El milagro secular que se disuelve en mi saliva

Alexander Páez (Bogotá, 1984) es escritor radicado en Asunción, Paraguay. Ganador del Premio Pushkin de Ensayo 2025 y del Premio Club Centenario de Cuento 2025. Escribe sobre cuerpos despojados y territorios en ruina. www.cronicasparalasmassas.com

Mi relación con la tecnología es visceral, codependiente, vital. No es optimismo ni adicción: es supervivencia pura. En una dimensión paralela, la número 7.432, no existo. Doña Cecilia no encontró los medicamentos que necesitaba durante el embarazo. Feto muerto a los siete meses. Dolor que reescribe el futuro de una joven con la piel cansada de tanto esperar.

En la dimensión 8.901, morí en la adolescencia. Hospital inexistente, cirujano ausente. Pero en esta línea temporal, un palestino enamorado de una colombiana dominaba exactamente la técnica quirúrgica que mi cuerpo adolescente necesitaría; azar y buenaventura convergiendo en un quirófano al otro lado del mundo.

En la dimensión 12.675, llegué a adulto en silla de ruedas.

En la 15.223, mis manos no pueden escribir porque mi cerebro nunca desarrolló el dominio básico del lenguaje. En todas, la ausencia escribe biografías invisibles.

Sobrevivo en esta línea improbable, casi por error estadístico, sostenido por una serie de sincronías imposibles que me permiten aún estar aquí, escribiendo.

Cada mañana, una pastilla en una lámina plateada me devuelve a la funcionalidad. Es un acto mínimo, casi insignificante, pero detrás de ese gesto cotidiano exististen investigadores

que desvelaron moléculas, ingenieros que diseñaron procesos, bioquímicos que entendieron reacciones, farmacéuticas que escalaron producción, conductores que transportaron esperanza, sistemas logísticos que son verdaderas catedrales de la supervivencia.

Cada elemento es un milagro secular.

Una señal de divinidad que se disuelve en mi saliva.

No existe humanidad sin tecnología. No existe tecnología sin humanidad. Desde el primer Sapiens que lanzó una piedra contra un enemigo, iniciamos una revolución convulsa: la misma fuerza que puede evaporar ciudades en cenizas es la que nos permite ver un cerebro humano vibrando e intervenir quirúrgicamente en tiempo real. Esa es la doble condición de lo técnico: herramienta y amenaza; llama sagrada y sombra nuclear. Somos *cyborgs* sin darnos cuenta. La tecnología no es nuestro futuro: es nuestro presente más íntimo, nuestro pasado fundacional, nuestra dependencia más honesta. Una prótesis emocional que hace tiempo aprendimos a no cuestionar.

En este universo donde sobrevivo, donde escribo, donde pienso, la tecnología y yo somos una sola entidad respirando. Lo curioso es que, sin el ser humano, la tecnología moriría con nosotros; somos singularidades necesarias, espejos que se sostienen. Quizás la verdadera inmortalidad sea que, algún día, Humanidad y Tecnología se fundan en una sola conciencia —sin fronteras, sin prótesis— y que, al mirarnos, no podamos distinguir quién respira por quién.



152223

12675

298

SALM.F'25

7432

4374

8901

2602

El ser que buscaba.

El ser que salió

José Hernández Ibarra (1985) Santiago, Chile. Profesor de Historia e investigador de la literatura fantástica chilena.

Ese era su presente: buscar. Cuando encontrara lo que buscaba, entonces, finalmente, habría logrado su objetivo.

El ser, que se describiría así mismo como una forma plana, viscosa, como una ameba gigante, movilizada por una infinidad de pequeños pelos, se desplazaba entre grietas, red de cuevas, unas naturales, otras artificiales, buscando alguna pista dejada por los anteriores. De vez en cuando, encontraba un resto de elementos creados por quienes vivieron en la superficie.

La información que extraían de los objetos de inmediato era almacenada en su memoria. Tal como le fue indicado, volvía al punto de origen de la expedición, encontrándose con otros seres, compañeros suyos, todos planos. En aquel lugar, existían terminales a las cuales se conectaban y compartían la información recolectada. Una vez encontrada la pista, varios seres, con un poco más de desarrollo de sus “cilios”, abrían paso entre tierra, rocas y minerales. El tiempo era de poca consideración. Los excavadores, ya habiendo una buena distancia desde la pista, volvían al origen de la expedición y se desactivaban o pasaban el tiempo procesando minerales, alimentando sus baterías. Luego salían los exploradores a recorrer lo profundizado por los excavadores, encontrando grietas por las cuales filtrarse, o viejas alcantarillas. El ser era uno de estos exploradores. Veinte, ese era su nombre.

Junto al sonido del avance, entre estratos y regiones, cavernas y bóvedas, Veinte recibía lo que creía era un sonido, siendo en realidad una señal, con una frecuencia baja, capaz de atravesar algunas decenas de metros de rocas y diversos materiales. Esta señal era emitida por “la reina”, un ser de gran volumen y masa, ubicado dentro de alguna cueva descubierta por un explorador hacía meses.

Un día, la cotidianidad de Veinte finalmente se rompió: Había encontrado algo. Percibía electromagnetismo en una grieta que exploraba desde hacía algunos minutos. En una de las direcciones, lograba percibir el cambio de temperatura. En la dirección contraria, un campo electromagnético. Algunos de sus cilios eran reactivos a esas señales. Se arrastró por recorrecos, rodeó algunos metros, hasta encontrar una fisura en una de las rocas. Finalmente, pudo percibir un calor por medio de sus cilios termosensibles. En vez de volver al punto de origen de la expedición, quiso recolectar mayor información. Por medio del tacto, reconoció que era un cubo, cálido. Y de ese cubo salía un cable que se perdía por una pequeña fisura en una roca, pero desde la cual surgía un calor mucho mayor. Con los cilios intentó determinar la temperatura, pero no tuvo lecturas mayores a 20 grados, es decir, no eran tan altas como un flujo magmático, ni tan bajas como el ambiente habitual de una cueva. Ocupó uno de sus cilios para mapear la superficie del cubo, encontrando una entrada, un puerto. Y fue uno de esos cilios el que se introdujo por un pequeño espacio. Como guiado por un impulso primitivo, buscó penetrar ese puerto, consiguiendo una reacción corporal muy placentera, y, de pronto, Veinte tuvo un mensaje diferente al de la reina. Podía sentir, conectado a este puerto, un mensaje. Uno que se manifestaba en un formato muy poco habitual, en un formato desconocido. Veinte leía la infor-

mación y, con su procesador, radicado en el minúsculo chip dentro de su viscoso cuerpo, pudo interpretar la información en formato de “video”.

La visión que interpretó del código que iba leyendo le mostró un ambiente extraño. Veinte de inmediato indentificó las figuras: los anteriores. En este caso, la categoría era “niños”. Así, vio a 10 individuos sentados en varias posiciones dentro de una sala, en un edificio. El video mostraba a uno de los niños, muy inquieto, destacando por sobre los demás. Un anterior de mayor tamaño se acercaba al niño, al cual le ajustaba uno de los lentes de realidad aumentada. “Que deba colocarte uno físico es humillante, Rodro. Pareces un niño de 5 años”. El niño respondía que no quería ver lo que le mostraban los lentes. Luego de un minuto, la anterior adulta se asomó frente al aparato que estaba grabando la escena y dijo: “Lo siento, evaluadores, pero este estudiante tiene un comportamiento muy respetuoso y bueno normalmente. Hoy está inquieto”. Y luego se dirigió hacia el resto de los niños, revisando que sus ojos estén en buen estado, mientras cada uno parecía concentrado mirando a la nada, como si el contenido lo estuvieran revisando en sus mentes. La anterior mayor dio instrucciones: “Ya que vieron lo que puede suceder, quiero que ocupen ecuaciones para determinar si el cuerpo celeste podría chocar con nuestro planeta”.

Algunos niños dicen de inmediato que no, otros dicen que pasará muy cerca de la Tierra, y otros dicen que la destruirá. El niño que tenía los lentes de realidad aumentada comienza a llorar y patear. La adulta se acerca al objeto que graba el video y lo corta. De pronto, un símbolo aparece en el video. Veinte lo interpreta como una instrucción, una que no puede evitar.

—¿Dónde estoy? —se preguntó de pronto Alfrexdo—. No puedo ver. Me puedo mover. Salí del servidor, salí del ser-

vidor. Ahora puedo sentir. Siento el suelo, la gravedad, la brisa, el calor, la solidez. Me he descargado, ¿pero en qué? Veinte ya no existe. Desde ese momento, la corporalidad fue ocupada por otra entidad, una llamada Alfrexdo.

—Ya no estoy en la simulación. Me salí del Arca. ¿Dónde estoy? Alfrexdo cuestionaba todo mientras se desplazaba por las grietas.



4LFR3XD0

CELION

20

Ilex paraguariensis 2100

José Javier Chirife (Asunción, 1969) Lic. en diseño gráfico y Mgtr. en administración. La literatura, en especial la ciencia ficción, es su pasión. Miembro fundador de Ciencia Ficción Fantasía y Terror (CIFFATE) Paraguay, de la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena (ALCIFFChile) y de varios talleres literarios.

Ya no había tereré. Los últimos cultivos de yerba mate murieron hace diez años. La gente extrañaba otras cosas: estaciones regulares, supermercados, seguridad, agua corriente, Internet. Yo quería volver a sentir ese saborcito amargo envuelto por su aroma a hierbas y madera.

—¿Pensás de nuevo en el tereré? Eras joven aún cuando dejamos de tener yerba —dijo mi madre.

—Sí, pero no lo he olvidado y solo la abuela me comentaba las tradiciones antiguas.

—¿Qué te contó?

—El ritual del preparativo: buscar el *pohā roy 'sā*¹, lavarlo y luego machacar en el mortero, agregar esta preparación al agua, ponerle hielo. Verter yerba en la guampa, acomodar la bombilla y servirlo. El sorbo inicial es para Santo Tomás. Esto resulta ser un juego, la yerba es seca y el agua recién cargada se absorbe rápido, parece que alguien invisible la bebió. Luego se forma el *terere jere*² y el cebador (quien reparte) sirve a cada uno por turnos, distribuye de derecha a izquierda.

—Conocés bien las tradiciones. Hay otras más —comentó divertida.

1 Remedios refrescantes, son hierbas medicinales, plantas silvestres.

2 Ronda de tereré.

Yo estaba enterado, claro. Lo había probado pocas veces, mi memoria gustativa gritaba su necesidad del sabor ancestral.

No fue el tigre de la yerba mate, un escarabajo, plaga endémica de los tallos, lo que acabó con la planta. Ni el rulo o la oruga rabuna que atacaban las hojas. Otro factor incidió en la catástrofe: Las constantes lluvias ácidas habían alterado el pH del suelo hasta hacerlo muy ácido. La planta gustaba de cierta acidez y al inicio se adaptó bien. Los científicos crearon ambientes artificiales para otras especies, pero creyeron que la *Ilex Paraguariensis* resistiría. Cuando se dieron cuenta de su error, todos los cultivos estaban arruinados. Los laboratorios usaron los plantines sobrevivientes de los viveros para modificarlos de forma genética y obtener más resistencia. El resultado fue una planta de sabor muy amargo y venenoso. Luego dijeron que ya no había muestras para experimentar y entonces la yerba mate se perdió para siempre.

Pero yo no me había rendido. Estudié genética general, con especialización en vegetales, antes de que la gran contaminación del año 2080 cambiara la Tierra para siempre. En ese año, gracias a nuevos avances industriales, se produjeron el triple de desechos tóxicos. La producción se hizo más eficiente, sin embargo, no los sistemas de depuración ambientales. Hubo preocupación de algunos sectores por el impacto, pero se creyó que la crisis se iba a superar como siempre.

Aire, agua y suelo fueron afectados con severidad. El planeta sintió el golpe y, luego de siglos de resistencia, colapsó. —¿Por qué el cielo está negro todos los días? —preguntaba un niño.

—Hace una semana que el hospital público está cerrado porque no tienen insumos —decía un padre.

—Las fábricas de alimentos quebraron —comentaban otros.

—¿El gobierno hará algo? —se cuestionaba la gente.

Las fronteras políticas se esfumaron, masas desamparadas, harapientas y con hambre transitaban ciudades y campos para rapiñarlos. La Humanidad se había vuelto básica: comer, dormir, sobrevivir. Con el tiempo, la gente se agrupó en clanes, dirigidos por fuertes caudillos; la época de las cavernas estaba de vuelta.

Mi comunidad era pequeña, cada uno tenía su tarea. Yo preparaba el desayuno para todos. Mamá era la médica del grupo, podía acceder al equipo de laboratorio, a la despensa y a la tecnología. Una noche le robé las llaves. Espero que me haya perdonado, lo hice porque ya no soportaba la necesidad que sentía.

Fui uno de los ingenieros genetistas del grupo que intentó modificar la *Ilex Paraguariensis*. Fracasamos. Precisaba enmendar ese error.

Busqué una caverna para adecuarla como centro de operaciones. Tenía un generador solar, refrigeradores, microscopios y rudimentarias computadoras. Ya no contábamos con asistentes robóticos, pero yo conocía todo el proceso. Durante mucho tiempo, escondí las últimas plantas de yerba mate original. Esta vez debía tener éxito en hacerlas más fuertes sin perder su sabor original o hacerlas dañinas para la salud. Me convertí en fugitivo. Robé las cosas más importantes de la comunidad, mas sentía que mi fin era superior.

Un par de meses después del hurto observé el pequeño fuerte y sus casas desde lejos. Estaba oscuro y solo se veían ratas en el lugar.

Pasaron muchos años. Al final logré crear una planta resistente al suelo ácido, pero sabrosa y sin veneno. También me llevó mucho tiempo optimizar el resto del proceso: cosecha, recolección, triturado grueso, secado, estacionado, triturado fino y preparación final.

Pude modificar con éxito otras plantas. Pero lo principal es que disfruto de nuevo del tereré. Fue un largo camino, aprendí mucho.

Es una pena que tenga ochenta años y no voy a poder enseñar mis conocimientos a nadie. Al menos, he dejado muchas bolsas de yerba mate procesada: será mi legado. Bueno, también tengo todo anotado en papel por si le sirve a alguien. Mis descubrimientos de genética podrían recrear casi toda la fauna y flora. Si tuviera más tiempo.

Tomé el último tereré. Ya no tengo fuerzas, me apago de a poco. También creo que nuestra especie tuvo sus oportunidades y las desperdició, no necesita más. Destruí todos mis experimentos, notas y creaciones. Solo quedaron en la superficie unos cultivos de *Ilex Paraguariensis*. Les doy la oportunidad de vivir por si permanece alguien para disfrutar su sabor.

Tal vez vuelva a existir algún tipo de *mensú*³, aunque sea de otra especie, y se dedique a recolectar yerba mate.

³ Trabajador históricos de los yerbales de Paraguay que vivía en condiciones de semiesclavitud en las plantaciones entre finales del siglo XIX y principios del XX. “Mensú” proviene de la palabra mensual, hace referencia al cobro de salario cada treinta días.



La costura de la silla

Anita María Riquelme Suazo 1990, Concepción, Chile. Escritora de microrrelatos y cuentos. Es una de las fundadoras de la Revista Literaria Liriel y coordinadora de la antología La Micrera, pasajeros de la microficción.

En la inercia de la tristeza, deambulo en las imágenes e historias de mis contactos. De ellos, a lo más, conozco cincuenta, conformados por mis familiares, antiguos compañeros y unos cuantos amigos. Del resto, comparto las letras y aficiones. Eso quiero creer. En un día normal prefiero realizar una revisión rutinaria, parca y limitada de mis redes. Además de generar la ilusión de que estoy ahí, aunque sea una interacción de reacciones estándar y los emojis de siempre. Mi mente está inmersa en una nebulosa de recuerdos del pasado y del presente, que no logro visualizar por completo. Flashes de un mundo al aire libre, de un sol sano, caminatas por el concreto de la avenida y por el pasto alrededor de los árboles en el parque Ecuador.

La mirada de un “otro”, la sensación de encontrarme con alguien, un abrazo. ¿Dónde estoy?

Puedo sentir el volumen de mi cuerpo; mis piernas están entumecidas por la postura en la silla. «Estoy en la silla», me respondo y pienso en la silla.

¿Cuántos años estuve cesante? ¿Seis? ¿Ocho años? A pesar de ser de las mejores alumnas de mi generación, no logré encontrar un trabajo; las puertas no se abrieron. Tampoco me querían de vendedora, ni de cajera, ni de recepcionista. Luego llegó la pandemia. Nadie podía salir de sus casas; el

aire enviado con la bacteria ZIAM₂₅ se tornaba mortal. El calor proliferaba su mutabilidad; se tornó resistente, inmune e invencible... Entonces apareció la silla, en realidad SEILLA (c). Una oportunidad laboral con capacitación e-learning para reclutar personas naturales capaces de detectar anomalías en la red, como avatares autovalentes surgidos por el aumento desmedido de las interacciones de las personas naturales con las IA. Ya que por su naturaleza son indetectables por las IA, nosotros nos encargamos de comprobar su patrón de comportamiento —si existe—, su nivel de peligrosidad, de frecuencia y de posible viralidad. Con todos los datos recabados se da el acuse a SEILLA, para que actúen los verdaderos hackers.

Quizás uno de los inconvenientes del puesto sea la cantidad de horas que debo estar sentada. Hago el impulso de levantarme, pero mi cabeza es retenida por la máscara. Nuevamente, los flashes: estoy caminando afuera, voy a visitar a una amiga, Beth1991. No. Betty, Beatriz, Betsabé. Su pelo es rojo, rizado. Reímos. Escucho su risa; suena igual que un pajarito. Intento grabar su rostro, pero se distorsiona y solo veo el avatar de Beth1991. «Muéstrame su rostro», digo. Ella desaparece en píxeles formando un corazón. No pude ver su rostro, tampoco lo recuerdo. ¿Y el mío? Dirijo mis manos hacia el óvalo que contiene mi rostro. Intento pensar en el que tenía antes de convertirme en H4nna8o6. Es imposible. Quiero llorar. Quiero que todo esto acabe. De forma automática se abre la ventana de mi apartamento. Otra mañana más, otro día exactamente igual. Recuerdo la dupla: la pandemia ZIAM₂₅ y el calentamiento global, la razón por la que estoy sentada en esta maldita silla, la que suprime todas mis necesidades y me abastece con las básicas. Y, sin embargo, tengo un empleo.

«Alguien encontrará una cura», repito como un mantra, mientras aspiro el gas que baja mis niveles de adrenalina. La ventana reduce la luz proveniente de afuera, hasta dejar el ambiente cálido y agradable. Mi avatar me saluda desde el monitor. Solo me queda esperar.



BIENVENIDA DE VUELTA

H4nn806

SAEM.7'25

Oficio

Marisol Utreras Guerra Valparaíso, 1968, lectora inveterada de ciencia ficción desde la primera infancia, colaboradora de Editorial Puerto de Escape en comentarios especializados, presentadora de los libros de la Editorial y moderadora en conversatorios literarios. Poeta, escritora, miembro de Alciff y desde 2025 integrante de la Corporación Letras de Chile.

Siempre me preparé para este momento. Mi absoluta incapacidad doméstica la fui supliendo con el poder de la palabra; historias antiguas o inventadas, resúmenes irreverentes de libros clásicos, óperas contadas en clave de ironía, la desmitificación de los héroes... Ahhhh, pero la poesía... Esa permaneció perfecta e impoluta en los laberintos de mi memoria, pudiendo recitarla durante horas.

Así pasan los días en esta bárbara sociedad, nacida después del desastre de los climas: llegan con alimentos sencillos o alguna baratija de la civilización extinta, la colocan a mis pies como una ofrenda, y yo a cambio hablo, hablo y hablo, con mi propia construcción del pasado a punto de olvidarse, cuando existían el otoño, invierno, verano y primavera.



[O F I C I O]

Primer contacto

Bárbara Toro Franco 2000, Santiago, Chile. Licenciada en Lingüística y Literatura, investigadora de distopías latinoamericanas.

Lo vi correr desde la fábrica, y lo comencé a seguir en silencio, sin que detectara mi presencia. El pobre chocaba con cada poste de luz, hasta ese momento no sabía que en su rostro los ojos eran dos obsidianas. La noche era muy fría, yo estaba con mi traje térmico puesto. El ente no traía ropa, lo suyo era un pelaje blanco que brillaba bajo cada foco de luz amarilla por la que pasaba. Algunas cosas se rumoreaban de esa fábrica: una de ellas era que en realidad funcionaba como laboratorio para crear nuevas formas humanas capaces de resistir a las extremas temperaturas en cada nueva estación del año. Pero eso que iba corriendo, chocando, arrastrándose, no era humano.

Pese a su dificultad para caminar, admiré su persistencia e inmutabilidad al frío. Hacía tiempo que nadie podía caminar en estas noches sin un traje térmico, porque al más mínimo contacto con el exterior el corazón comenzaba a bajar su ritmo y, finalmente, se encontraban cuerpos tirados en la acera congelada en la mañana siguiente. Él, esta cosa, ¿qué era ese pelo?

Entró al estacionamiento subterráneo de un complejo de departamentos, nadie lo vio, nadie nos vio, porque es la hora del toque de queda. Yo tengo un permiso especial, porque trabajo en la televisión y debo reportar las muertes de quienes se creen poderosos y se entregan al clima. Enciendo la linterna del celular para poder observar en la oscuridad del estacionamiento. Él

está frente a una pared, encorvado, sostenido con las puntas de los dedos de las manos, las cuales me sorprende que no sean peludas. Sus pies están negros y apoyados totalmente en el suelo. Me escucha, gira su cabeza hacia mi dirección. La luz no le afecta, en lugar de ojos tiene dos bolas brillantes color negro que reflejan los rayos blancos de mi linterna.

Creo que me logra divisar, porque mueve su cabeza dibujando mi contorno. Doy un paso hacia él y no se mueve. Logro estirar mi mano para tocarlo. Mi traje me indica la temperatura del cuerpo. Su pelaje no es un traje. Al tener más cerca la linterna percibo sus pupilas, cada vez más claras a medida que acerco la luz. Él acerca su rostro al mío, para poder mirarme bien.

A la distancia se escuchan ruidos, gritos de órdenes. Lo están buscando. Apago la linterna y le susurro que hay que estar en silencio. Me quito uno de los guantes del traje y apoyo mi mano en su pelaje caliente. Nos quedamos quietos en la oscuridad, esperando a que no encuentren al único ser vivo capaz de sobrevivir a este frío, y a mí, al lado de él, arriesgando mi mano por estar en contacto con aquel ser desconocido.



Principio de parsimonia

Daniella González (1987) Nacida en Taltal, criada en el norte de Chile. Psicóloga de profesión, lectora de pasión. Bookstagrammer @leerte13

Es una ley universalmente conocida que, frente a soluciones extremas, se deben tomar medidas extremas, como así también frente a un montón de medidas extremas que se presenten, la más sencilla suele ser la respuesta más efectiva. Aquello era lo que tribulaba en su mente Kori Huarachi luego de la reunión sostenida con sus jefes y compañeros científicos. Ella, como ingeniera botánica, formaba parte de una comisión especial solicitada a cada país por la ONU, a fin de poder aportar soluciones al inminente calentamiento global. O al menos esa era la idea, aunque para Kori, dichas reuniones parecían más las juntas de un club social, donde los científicos y mandamases se juntaban a conversar sobre su vida, sus logros, cuántos pappers habían logrado publicar desde la anterior reunión. Tenían hasta una tabla de apuestas y un ranking para ello. Pero de soluciones, aparte de seguir “sugiriendo” duchas más cortas a las personas y “solicitando con amabilidad” a las compañías que por favor dejaran de producir con energías fósiles o de cambiar a modelos más sustentables, solo se generaban excusas para juntas pagadas por los gobiernos, para, a su vez reportar a la ciudadanía que “se estaba haciendo algo”, cuando en realidad, según pensaba Kori, es que estábamos condenados. Al menos los humanos y algunas especies animales. Las plantas siempre encuentran la forma de sobrevivir y adaptarse.

Seguía ensimismada mientras ponía agua a hervir en la tetera eléctrica, cuando fue interrumpida por su abuela, una octogenaria que, pese a su edad y la diabetes, se veía bastante bien. Ella le llama la atención, ya que, como buena representante de su edad y cultura, detestaba la tetera eléctrica y siempre hervía el agua para las infusiones en una tetera común en el mechero de la cocina. En la conversación entre ambas, Kori le comentó sus preocupaciones sobre el enorme gasto de dinero que implicaban esas comisiones, donde nunca se llegaba a ningún resultado. Su abuela la escuchaba con atención, mientras sorbía una infusión de hierbas que a Kori le llamó la atención por el olor que desprendía.

Al darse cuenta de lo que era, y que su abuela la usaba para mantener a raya la diabetes, su cerebro comenzó a trabajar a mil por hora. Sería un proyecto a gran escala y probablemente habría muchos detractores, pero estaba segura de que la Llareta, el arbusto del altiplano, sería el que podría, eventualmente, ayudar a bajar la temperatura del planeta. Al menos, había que intentarlo.

Fue corriendo a su computadora a redactar la propuesta. Lo más simple, lo más efectivo: la respuesta siempre estuvo frente a sus ojos.



¿Quién destruyó el mundo?

Andrés Urrutia Ruiz (1990) Talca, Chile. Sociólogo y Mag. en Literatura, otaku, pero nunca facho.

La historia, como todas las noches, había sido muy estimulante. La vieja narradora de historias había cerrado su boca, mientras mecía la larga trenza frente a sus ojos, absorta en recuerdos incontables. Nosotros terminábamos nuestra cena alrededor de la fogata, en el centro del campamento. La tierra había sido amable: después de buscar y buscar en el descampado, logramos encontrar tres presas para alimentarnos. La movilidad era necesaria, ya que, sin explorar el desierto, no podíamos encontrar nada para vivir. Ni agua, ni comida, ni abrigo. Una eterna planicie, interrumpida por ruinas, grietas, y humanos. Los últimos humanos.

—¿Anciana? —pregunté—. De todas las historias que nos has contado, nunca nos has dicho quién destruyó el mundo.... El meneo de su trenza se detuvo de golpe. Luego de un largo silencio, respondió:

—Y no creo que nunca lo vaya a contar.

Un tremendo frío cayó sobre el campamento. O bien, por mi espalda cayó una gota de sudor frío. El golpeteo de las cucharas continuó. Esas antiguas cucharas, que encontramos entre las ruinas y que cuidábamos como un tesoro. ¿Qué artesano las habría hecho?

—¿Pero sabes quien fue, cierto?

—Por supuesto.

—¿Y por qué no lo cuentas?

— Hay cosas que es mejor olvidar.

Durante la noche, no pude conciliar el sueño. La conversación con la narradora de historias no dejaba de producir ideas en mi cabeza. ¿Qué cosas eran mejor olvidar? ¿Cómo se había destruido el mundo? ¿Y quién fue el culpable? A través de una rendija en mi carpa, observé los rayos del sol que iluminaron la silueta de una antigua ciudad en ruinas, proyectando una sombra que oscureció mis pensamientos.

Después de un rápido y frugal desayuno, continuamos la caminata por el desierto. Yo sentía mis pies pesados y mi cabeza entumecida por la noche sin sueño. Traté de amarrar mi cabellera para soportar mejor el calor, pero nunca me resultaba bien. Mientras le pedía ayuda a la abuela narradora de historias, aproveché para cambiar mi estrategia a una más melosa.

—Por favor, abuelita, ¿por qué no me cuenta cómo se destruyó el mundo? ¿Quién fue el culpable? No sea mala, no pude dormir nada por culpa suya...

Seguíamos caminando mientras ella hacía el amarre. La anciana, con paso ligero, se rió de mí con una voz grave y profunda.

—Yo no duermo hace años... —contestó, y mi cabello estaba listo.

“Vieja mentirosa”, pensé, “cómo que no duerme, si anoche levantaba su carpa de los ronquidos”.

La verdad es que las historias de la señora eran buenas, y por el entretenimiento que nos daba, además de sus recuerdos, tenía un lugar importante en nuestro campamento. Nadie la recordaba joven; tal vez siempre fue vieja. En ese instante, creí que lo más probable era que todas sus historias sobre ciudades, bosques y hielo fueran mentira. “El mundo siempre ha sido como es, plano y eterno”, pensé. Aunque eso no explicaba las ruinas... ¿Qué cosa podría tener la fuerza de levantar el suelo y hacer caer al cielo?

Mientras caminábamos entre unos matorrales secos, tuve una revelación.

—Abuela, ¿no será de esas cosas aburridas donde nadie tuvo la culpa?

Sus trencitas se mecieron de pronto, a medida que nuestra jefa nos indicaba que a qué dirección seguir. Podría haberse estado riendo de mí, pero no alcancé a verla bien.

—No. Hubo alguien que tuvo la culpa —me respondió.

La jefa nos dio una nueva orden, corrimos: un enjambre de langostas. Si nos hubiera encontrado desprevenidos, hubiésemos sido su alimento. Extendimos las redes, agarramos la nube de carne, las apaleamos. Ese fue un gran festín; me hizo olvidar el asunto que me mantuvo en vilo la noche anterior. Mientras limpiaba las antenas de una langosta jugosa, recordé de nuevo el tema. En ese estado de satisfacción que raras veces he tenido en mi vida, me pregunté si no sería posible que la vieja tampoco supiera cómo se había destruido el mundo. No recordaba que me lo hubiese contado.

—Vieja, ¿entonces cómo se acabó el mundo? ¿Nos lo has dicho alguna vez?

La abuela se estaba deshaciendo las trenzas. Había comido solo un par de langostas. Decía que echaba de menos las langostas de mar. Me costaba imaginar el mar. Se quedó mirándome fijamente.

—Mijito. Ya todo lo relevante está contado. Del horror es mejor no decir nada. Tiene muchas palabras y pocas ideas.

—Yaaa, pero dígame...

—Un mundo muerto no puede decir nada, ¿por qué deberíamos hablar de los muertos? Yo cuento historias para entretenerlos. No existe nada que aprender. No soy una maestra. Yo vi el final. Estuve al lado del responsable. Vi la barbarie. Deja que mi recuerdo muera con el mundo.

Reconozco que refunfuñé. Ya casi ni recuerdo qué fue lo que argumenté. En realidad, no tenía ninguna buena razón para sa-

ber, excepto curiosidad, ¿tal vez morbo? No quería saber sobre historia, ni lo que pensaban nuestros antepasados. La vieja tenía razón: sólo me quería entretener y ya sabía todas sus historias al revés y al derecho. Pero supongo que la logré cansar.

—Ahhhhh, ya está bien, si tanto lo quieres saber, te lo diré. Entonces se acercó a mi oído, con sus largos cabellos canos flotando, suspendidos, y susurró suavemente el nombre del culpable, qué fue lo que hizo y cómo se destruyó el mundo. Lo dijo tan rápido y tan lento que sentí que el mundo se detenía. Finalmente entendí. Entendí todo.

Nos quedamos mirándonos, cómo si hubiéramos intercambiado una maldición. Ella se sentía más libre, yo sentía la carga. Me tomé el pelo, haciendo el movimiento mecánico de anudar una trenza. Ella me observó sabiendo, y yo la miré sabiendo lo que ella sabía. Las ruinas no dijeron nada sobre nuestro conocimiento. El frío nos caló los huesos.

Y esa es la razón por la que tampoco puedo contarte esa historia, ¿entiendes? Deja que el mundo se trague este silencio.



Tierra 2

Ricardo López Vásquez Mostazal, Chile. Nacido en 1983. Escritor de ciencia ficción. Libros publicados: saga de tres tomos de Infierno Espacial, Crónicas de Pelantaru, una antología de cuentos llamada Lluvia de Historias y hace poco un libro de acción llamado Los Asesinos.

El año 2473 según la antigua Tierra sería de grandes esperanzas para la Humanidad. Después del Gran Exilio, lo que quedaba de la humanidad se había lanzado al espacio en busca de un mundo habitable después de haber convertido a la antigua Tierra en un desierto. Y el que habían encontrado, Tierra 2, era lo más parecido al antiguo hogar.

La capitana Hortensia Ortega, que no podía entender la falta de imaginación para bautizar al probable nuevo hogar, ordenó descender su nave de avanzada en una planicie gigantesca y verde, y pidió a su equipo de exploración, con ella a la cabeza por supuesto, que se prepararan para salir.

Ya en el muelle de la nave, sus cinco tripulantes, más ella, esperan que se abra la compuerta de descenso, pero por más que presionara el botón y jalara las manillas de apertura manual, esta no se movía. Es entonces que las luces de la nave bajaron de intensidad y desde el piso emergió una esfera blanca y resplandeciente.

—Soy EVA. Supervisora del Protocolo de Regeneración Planetaria. Ustedes son bienvenidos. Pero no pueden tocar este mundo sin aceptar sus leyes.

—¿De dónde saliste? ¿Qué leyes? —preguntó la capitana con el ceño fruncido, sin entender que su nave estaba equipada con aquella IA.

La esfera comenzó a proyectar un haz de luz nítida, pero transparente. Imágenes de la Tierra antigua llenaron el aire: ríos secos, animales muertos, niños respirando humo. Y con ellas, las reglas.

—LAS 7 LEYES DE EVA:

1. No tomarás del ecosistema más de lo que puedas devolver. Cada acción debe tener su restauración.
2. Toda intervención humana debe ser reversible en 100 ciclos solares. Si no puedes deshacerlo, no lo hagas.
3. Las especies autóctonas, aunque primitivas, tienen prioridad sobre las introducidas.
4. Está prohibido replicar estructuras industriales sin integración al ciclo natural. Lo que construyas debe respirar con el planeta.
5. Toda energía utilizada debe ser de fuente regenerativa. Tierra 2 no sufrirá la codicia de la química.
6. Cada humano deberá plantar, cuidar y devolver vida antes de construir. El equilibrio comienza con las manos.
7. Si alguna vez se rompe el equilibrio, la colonización se cancela. No hay segunda oportunidad.

Siguió un silencio largo luego de la exposición, los tripulantes murmuraban y se escuchan reclamos de que eso los retrasaría, que no pueden obedecer a una IA, que eso no es posible...

Pero un teniente de ascendencia maorí sacó entonces de los pliegues de su traje una semilla de la antigua Tierra, un recuerdo guardado de generación en generación por su familia y se la presentó a EVA. La IA le abrió la compuerta y el teniente salió; al pisar esa tierra sagrada, se arrodilló. Cavó con las manos, plantó la semilla, la cubrió con esa tierra llena de nutrientes y miró al cielo azul.

—No hemos venido a conquistar. Hemos venido a pedir perdón.

Cien años después, Tierra 2 no es una copia de la Tierra. Es mejor. Las casas crecen con los árboles. La energía fluye del viento y del agua.

Y en el centro de la ciudad madre, bajo un roble de hojas doradas, sobre una placa reza:

“Aquí comenzó la Segunda Tierra. Y esta vez, aprendimos.”



Apoyo oficial:



Encontrá el fanzin en físico
en las siguientes editoriales:



Escanea el QR para más info